

JOSÉ LUIS HERNÁNDEZ GARVI

NUNCA FUERON EXTRAÑOS
Extranjeros a las órdenes
de los Borbones
en la España del XVIII



MADRID, 2019

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
CRONOLOGÍA. LÍNEA DEL TIEMPO	23
I. LA ESPADA Y LA INTELIGENCIA.....	29
—El duque de Berwick. La lealtad del soldado	31
—Alejandro O´Reilly. El irlandés admirable	57
—James Wilkinson. Un traidor norteamericano al servicio de España	85
—Vencer o morir por el rey	113
II. TODOS LOS HOMBRES DE LA CORONA	137
—La megalomanía del cardenal Alberoni	139
—Ricardo Wall. El dragón desengañado	173
—El marqués de Esquilache. Atrapado por su pasado.....	201
—Las Nuevas Poblaciones. Una utopía ilustrada	225
III. ARTE Y FASTOS EN UNA CORTE DESLUMBRANTE.	251
—La voz de Farinelli. Remedio para la locura del rey	253
—Antonio Rafael Mengs. El pintor incontestable	279
—El palacio de una dinastía y de todo un pueblo.....	307
BIBLIOGRAFÍA.....	341

INTRODUCCIÓN

LOS DRAMÁTICOS ACONTECIMIENTOS que rodearon la muerte sin descendencia de Carlos II presagiaron una transición traumática en el trono de España. Era algo que se venía anunciando desde hacía tiempo, sin que sus principales implicados, los representantes de la dinastía de los Austrias hispanos, hicieran nada por invertir una situación ante la que solo supieron oponer su indolencia. Dominados por un fatalismo resignado a la voluntad de Dios, estaban condenados a sufrir un trágico destino guiado por sus propios actos.

Durante los tres últimos reinados de la dinastía el Imperio español levantado por el emperador Carlos y Felipe II había entrado en un periodo de sombría decadencia que parecía imparable. Luis XIV de Francia, monarca que además de posar en los retratos engalanado como una corista era la personificación del absolutismo y un gran hombre de estado, soñaba con poner bajo el dominio de la Casa de Borbón la totalidad, o al menos una gran parte, de las posesiones españolas, arrebatando la hegemonía europea a una potencia que en la encrucijada del cambio de siglo se encontraba en sus horas más bajas. El monarca francés, hijo y esposo de infantas de España, conocía de primera mano la delicada situación política interna por la que atravesaba el reino vecino del otro lado de los Pirineos gracias a los informes que le remitían puntualmente embajadores y agentes destinados en la corte española. Sirviéndose de esa valiosa información supo mover hábilmente sus fichas para situar a su nieto Felipe, duque de Anjou, con ventaja al frente de la pugna por hacerse con el trono de España.

Ante el problema sucesorio provocado por la falta de un heredero directo, el resto de Europa se preparó para contrarrestar las intenciones francesas, iniciándose conversaciones entre los distintos estados en busca de

un acuerdo que mantuviera el frágil equilibrio del Continente y pudiera contentar a todos. Con el Primer Tratado de Partición de España, firmado en La Haya en 1698, los reyes europeos pactaron que el príncipe José Fernando de Baviera, bisnieto de Felipe IV y en aquel entonces apenas un niño, se convirtiera en el nuevo monarca. Esta solución de compromiso, que incluía un reparto de las posesiones españolas en Europa entre las distintas potencias del Continente, fue aceptada por todos los signatarios. Contradiciendo lo que muchos esperaban, Luis XIV aceptó las condiciones de un tratado que cerraba el camino a las aspiraciones del candidato que él respaldaba. ¿Jugaba con ventaja? ¿Sabía algo que los demás desconocían? Mientras los demás se hacían preguntas sin tener nada claras las respuestas, el soberano francés contemporizó a la espera de acontecimientos favorables que no tardaron en producirse. La prematura muerte de José Fernando de Baviera en 1699 por una súbita y fulminante enfermedad, que algunos achacaron a un posible envenenamiento por una mano desconocida pero de la que todos sospecharon, frustró los planes contenidos en el acuerdo.

Ante el nuevo panorama político que se planteaba, se negoció un nuevo Tratado de Partición en el que no se tuvo en cuenta la opinión ni los intereses de España. Firmado en la ciudad de Londres en marzo de 1700, reconoció como heredero al archiduque Carlos Francisco de Habsburgo y Neoburgo, bisnieto a su vez de Felipe III. De la misma forma que se había previsto en el pacto que le precedió, Francia, el Sacro Imperio, Inglaterra y las Provincias Unidas se apresuraron a repartirse los últimos territorios de la Monarquía española en Europa mientras Carlos II iniciaba su larga y penosa agonía. Pero al contrario de lo que había sucedido con el primer Tratado, el consenso a la hora de ratificar el segundo acuerdo no fue unánime. Leopoldo I de Habsburgo mostró su disconformidad ante los criterios que se habían seguido a la hora de adjudicar las porciones del pastel ansiado por todos, reclamando para su hijo, el archiduque Carlos, la totalidad de los territorios de la Monarquía española, pretensión que no todos estaban dispuestos a aceptar.

El emperador confiaba plenamente en que Carlos II terminaría designando al archiduque como su heredero, certeza que estaba sustentada en unos derechos dinásticos que estaba dispuesto a defender frente a todos,

costase lo que costase. Sin embargo, la ingenuidad de Leopoldo I no contó con las intrigas desplegadas por Luis XIV en la lóbrega Corte madrileña, hábiles maniobras de las que el astuto monarca francés se sirvió para ganarle la partida adelantándose a sus pretensiones.

Sintiendo cercana la presencia de la muerte, Carlos II hizo testamento el 3 de octubre de 1700. Finalmente, se inclinó por Felipe de Anjou. Muchos dudan de que ese día el desdichado monarca fuera realmente consciente de lo que estaba firmando con su errática y temblorosa firma. Cronistas contemporáneos e historiadores modernos coinciden al afirmar que Luis XIV estaba detrás de las maquinaciones que llevaron a Carlos II a tomar esa decisión postrera, contando desde el interior con el apoyo de un camarilla liderada por el cardenal Portocarrero, Consejero de Estado que actuó como verdadero regente durante la agonía del rey.

A pesar de sus evidentes limitaciones intelectuales y físicas, el último monarca de la dinastía de los Austrias tenía momentos en los que mostraba una mente lúcida capaz de tomar decisiones coherentes por su propia voluntad que sorprendían a los que le rodeaban. Situado en aquel difícil trance al final de su lastimosa vida, Carlos II sabía que se moría sin dejar solucionado el problema sucesorio, mientras la diplomacia de los estados europeos movilizaba todos sus recursos para posicionar a sus candidatos en la carrera al trono de España. Sobre él pesaba la responsabilidad de nombrar un heredero que asumiera el legado de la Monarquía hispánica, cuestión que ahora puede resultar para muchos un tanto baladí pero que en aquel entonces tenía una trascendencia que iba más allá de una simple decisión de carácter político, al estar ligada al destino de un Imperio que ejercía su autoridad sobre súbditos repartidos por toda la geografía del globo. Sobre los encorvados hombros de Carlos II recayó la responsabilidad de dar continuidad a una dinastía depositaria de unos valores que se remontaban a los orígenes de la civilización occidental, pesada carga que como le habían inculcado debía dejar en las manos de un digno sucesor que estuviera a la altura de las circunstancias.

Condicionado por su grave estado de salud, su incapacidad mental, su falta de temperamento, las presiones externas de las distintas facciones, o una conjunción de todos estos elementos, lo cierto es que el ambiente

enrarecido que rodeaba a Carlos II no era precisamente el más apropiado para tomar una decisión de esa importancia. En medio de esta atmósfera opresiva, el monarca dio muestras de una digna entereza y antepuso los intereses de España por encima de todo lo demás. Temiendo que a su muerte la inestabilidad política fuese aprovechada por los enemigos de la Monarquía para desgajarla, de la interpretación de su testamento se deduce que consideró a la opción representada por su sobrino-nieto Felipe de Anjou y avalada por Luis XIV como la mejor, pues garantizaba la unidad del Imperio al contar con el apoyo de Francia, poderoso aliado junto al que se podría hacer frente a los enemigos de España. Las maquinaciones francesas habían dado el fruto esperado y el sueño acariciado por Luis XIV de una dinastía borbónica reinando en Europa se encontraba más cerca.

Carlos II falleció el 1 de noviembre de 1700 a la edad de treinta y ocho años. La noticia de su muerte llegó a la Corte de Versalles el día 6, mientras en el resto de Europa todavía se celebraban misas pidiendo por la salud del rey de España. A partir de ese momento, los acontecimientos se precipitaron a un ritmo vertiginoso. Luis XIV sabía que no había tiempo que perder y el 16 de noviembre su nieto aceptó la voluntad expresada en el testamento de Carlos II. Para que no hubiera dudas, el monarca francés lo presentó ante la Corte reunida en la Galería de los Espejos del Palacio de Versalles con las siguientes palabras, «Señores, he aquí el Rey de España», ceremonia solemne y afectada con la que el Rey Sol quiso expresar la *grandeur* de Francia actuando como protectora de la nueva rama borbónica.

La astuta jugada de Luis XIV había dejado a Leopoldo I sin capacidad de reacción. Lentas de reflejos, Inglaterra y las Provincias Unidas, potencias tradicionalmente enemigas de España que también se oponían a las ambiciones hegemónicas de Francia, fueron cogidas por sorpresa. Como primera medida ambas naciones decidieron apoyar las pretensiones del archiduque Carlos, respaldo que estaban dispuestas a mantener con la fuerza de las armas si era preciso. Dentro de la Corte española, la ambiciosa, farsante, cruel y despótica Mariana de Neoburgo, segunda esposa de Carlos II, también defendió las aspiraciones de su sobrino Carlos de Habsburgo.